

“DEPORTE Y NACIONALISMO EN MÉXICO DURANTE LA POST REVOLUCIÓN”

Gabriel Angelotti Pasteur¹

Universidad Autónoma de Yucatán

Mérida, México

gabrielotti@yahoo.com

Recebido em 21 de dezembro de 2010

Aprovado em 23 de fevereiro de 2011

Resumen

A principios del siglo XX en México, los deportes constituyeron prácticas exclusivas de una minoría: la élite local y los extranjeros. La Revolución iniciada en el año de 1910 generaría importantes cambios en el país, principalmente en el marco político, social y económico. Desde entonces, en especial durante la Post Revolución (1917-1940), los deportes comenzarían a emplearse tanto para difundir ideas higienistas como otras de corte nacionalista. ¿Cómo fue que se gestó este proceso de popularización de los deportes? ¿Por qué los gobiernos Revolucionarios, difusores de las tradiciones mexicanas, adoptaron éstas prácticas extranjeras? En el presente artículo se expondrán algunos de los motivos que pueden haber contribuido a conformar este singular fenómeno de la historia mexicana.

Palabras claves: deporte, nacionalismo, México.

Resumo

Esporte e Nacionalismo no México no período pós-Revolução

No início do século XX, no México, os esportes se constituíam em práticas exclusivas de uma minoria: a elite local e os estrangeiros. A Revolução iniciada no ano de 1910 trouxe inúmeras mudanças para o país, principalmente nos aspectos político, social e econômico. Desde então, principalmente no período pós-Revolução (1917-1940), os esportes começaram a ser usados tanto para difundir ideias higienista, como outras de âmbito nacionalista. Como se iniciou este processo de popularização dos esportes? Porque os governos revolucionários, difusores das tradições mexicanas, adotaram estas práticas estrangeiras? No presente artigo propomos expor alguns dos motivos que podem contribuir para entender este fenômeno da história mexicana.

Palavras- chave: esporte, nacionalismo, México.

¹ Facultad de Ciencias Antropológicas.

Abstract

Sport and nationalism in Mexico during the Post-Revolution

In the early twentieth century in Mexico, sports were practices exclusively for a minority: the local elite and foreigners. However, the revolution started in 1910 resulted in significant changes, mainly in the political, social and economic development. Since then, especially during the Post Revolution years (1917-1940), they began to be used for disseminating nationalist and hygienists ideas. How was this process of popularization of sports developed? Why Revolutionary governments, distributors of Mexican traditions, adopted foreign practices? In this article we will go through some explanations of some of the reasons that help to understand this phenomenon of Mexican history.

Keywords: sport, nationalism, Mexico.

Introducción

Las prácticas deportivas constituyeron uno de los indicios de la modernidad que el régimen encabezado por el general Porfirio Díaz implantó en México entre los años de 1886 a 1910. La continuidad institucional, la (aparente) paz alcanzada, los adelantos tecnológicos, la formación de la banca financiera, la finalización de las frecuentes luchas intestinas (libradas durante décadas y generadas por el control del poder político) y la libre elección de algunos habitantes de ejercicios de ocio, desencadenaron una efímera percepción de desarrollo y progreso en el país. Las autoridades gubernamentales, las élites y ciertos grupos extranjeros, al vivir con holgura en un contexto social signado por la pobreza y la desigualdad, creyeron alcanzar el cenit del bienestar social. Sin embargo, la Revolución Mexicana iniciada en 1910, constituiría un parte aguas para estos grupos hegemónicos. De ese modo, el país experimentaría una serie de cambios significativos en todos los órdenes del acontecer social incluidos los deportivos.

Durante la primera mitad del siglo XX y posteriormente de la Revolución

iniciada en 1910, los grupos de élite que ocuparon el gobierno en México propiciaron numerosas medidas tendientes a fortalecer un proyecto político inclusivo, esto con la intención de involucrar a todos los sectores de la sociedad civil por igual: campesinos, obreros e indígenas. La Secretaría de Educación Pública (SEP), creada en 1921, aceleraría la transformación emprendida, ya que para los revolucionarios de la época la educación emergía como la llave del cambio social: era la herramienta mediante la cual se esperaba incidir en la forma de vida de los individuos y de todos los colectivos. Pero esta institución además, asumiría una tarea adicional, la de tratar de suplir aquellas prácticas amparadas en la religiosidad y la especulación por otras sustentadas en la ciencia y la razón. Desde este organismo gubernamental se creó una intrincada red de escuelas primarias y secundarias en todo el país; instituciones educativas que facilitaron el acceso de todos los niños del país a la educación. Los planes allí implementados buscaron desarrollar una formación integral, brindando una preparación completa e instruyendo a los educandos en las artes plásticas, las artesanías, las danzas folclóricas, la lectura, la salud y las prácticas deportivas.

Bajo ese marco revolucionario y de cambio social, la inclusión de la educación física en los programas escolares facilitó la difusión, tanto en la urbe como en la zona rural del país, de medidas “higienistas” que trataban de mejorar la salud (física y mental) de todos los ciudadanos, hechos indispensables para cumplir con la urgencia de integrar y construir la nueva nación mexicana. Los deportes, que hasta entonces constituían un privilegio de ciertas minorías acaudaladas, comenzarían poco a poco a transformarse en prácticas cotidianas de todos los mexicanos. Esta “popularización” permite observar las diferencias que en todos los órdenes de la vida social y cultural existieron entre ciertos sectores de la sociedad.

En el presente artículo observaremos la importancia que los deportes adquirieron durante el periodo postrevolucionario, momento histórico que inicia cuando se promulga oficialmente la Constitución Nacional de México, en 1917 y se extiende hasta 1940; lapso durante el cual las autoridades gubernamentales apoyaron la actividad deportiva con el interés implícito de difundir ideas de corte nacionalistas en este país.

Para conocer la magnitud de dicha transformación y así, evaluar la relevancia adquirida por las prácticas deportivas durante dicha etapa histórica, resultará ilustrativo incursionar, aunque brevemente, en el periodo histórico precedente. Es decir, aquel momento en que el país estaba sometido al mandato de la dictadura del general Porfirio Díaz, momento en el cual numerosas “modernidades” arribaron al territorio mexicano. Esta aproximación permitirá observar los contrastes sociales, políticos, económicos y culturales entre ambos periodos. Pero, por sobre todo, develar el carácter figurativo y contingente que caracteriza a ciertas prácticas sociales, entre ellas, las deportivas.

La práctica deportiva antes de la Revolución Mexicana

Se denomina “porfiriato” al gobierno encabezado por el General Porfirio Díaz, el cual se extendió por cerca de 34 años, entre 1876 y 1911. Esta etapa política se caracterizó por una feroz dictadura que exaltó las diferencias sociales entre los mexicanos; culminó tras la lucha armada en la Revolución Mexicana. El periodo de gobierno de Díaz contempló dos etapas. La primera transcurrió entre 1876 y 1905 (e incluyó el interinato de Manuel González entre 1880 y 1884). Esta etapa, con cierta ironía, se denominó de “pacificación” y se conoció como la “Pax Porfiriana”; ya que en su transcurso “Porfirio Díaz trató de alcanzar ese objetivo mediante el ejercicio de una represión violenta hacia sus opositores” y contra todos aquellos que interferían en sus

planes políticos. Los indígenas, también fueron combatidos y aplacados en dos de las más importantes rebeliones de la época, la protagonizada por los maya en la denominada “Guerra de Castas” (una lucha armada que había iniciado en 1848 y terminó en 1905) y de los indios yaquis, en Sonora (NAVARRO, 1994, p. 12-13).

El segundo periodo transcurrió entre 1905 y 1910. Estos fueron años muy críticos para la dictadura de Díaz, tanto en lo social como en lo político. Los trabajadores mineros y textiles realizaron numerosas huelgas, las cuales fueron violentamente reprimidas (como la de Cananea, en 1906). También, se produjeron pujas entre las facciones internas de sus partido, que afectaron la cohesión y estabilidad del régimen (NAVARRO, 1994, p. 19). En el transcurso de esos años la situación económico empeoró, dando inicio a numerosas muestras de descontento y rebelión.

La escasez de gordas y frijoles produjo una situación crítica en el campo, quizá no tan profunda como la de quince años antes, pero sí en un momento en que la sensibilidad pública se había agudizado, en que cualquier rasguño causaba honda irritación (VILLEGAS, 1997, p. 990).

El gobierno de Díaz culminaría en 1910, cuando iniciaría una sangrienta y prolongada lucha armada y que se conoce como la Revolución Mexicana.

En general, la vida en México durante el porfiriato (1876-1911) estuvo marcada por el signo de la desigualdad. Mientras los habitantes de las zonas rurales y de los suburbios urbanos (obreros, campesinos e indígenas) estaban sumergidos en la miseria absoluta, la élite de las grandes urbes (en especial de la Ciudad de México, Puebla y Guadalajara) gozaba de los deleites del progreso impulsado por la modernidad.

En el ámbito doméstico, los avances mecánicos (COATSWORTH, 1976) la instalación de industrias en las ciudades más importantes del país (ciudad de México, Puebla, Veracruz, Monterrey, Guadalajara), la ampliación de la banca financiera, la

realización de obras públicas importantes (CONNOLLY, 1997)² y las facilidades otorgadas a los capitales internacionales para invertir, fueron algunas de las acciones predilectas para exponer en el ámbito público los avances alcanzados por el gobierno dictatorial. En el ámbito internacional, también existiría un espacio idóneo donde exponer los “avances” alcanzados: las Exposiciones Universales. Lugar, donde las autoridades del gobierno y un séquito de profesionales de la propaganda, se dedicaron a crear una imagen ficticia de México. Una imagen exportable y convincente de “un país posible”, de una nación que pretendía, mediante la argucia y la zalamería, por medio de la confección de escenarios y postales de su historia, acoplarse a la dinámica impuesta en el mundo occidental. Esta representación idílica, fue creada y diseñada por un grupo de especialistas, “los científicos”, quienes ocuparon un lugar sustantivo en el gabinete del dictador (TRILLO, 1998).

La supremacía de la élite fue visible en el plano económico y político; pero por sobre todo, en el lúdico. Este sector social contaba con el enorme privilegio de elegir sus propios juegos y diversiones. Los deportes, que apenas empezaban a practicarse, rápidamente se integraron a la pléyade de actividades que se instituían en indicadores de superioridad social (VEBLEN, 2005, p. 9). La arrogancia alcanzada por la élite fue tal, que para 1890 creían haber alcanzado el éxito absoluto en todos los órdenes de la vida social. Esta modalidad fue denominada por William Bezzley (1983, p. 266) como *persuasión porfiriana*, una manera de gobernar del dictador ante la que muchos mexicanos se dejaron seducir.

Esa búsqueda del progreso, indujo a tomar medidas contra algunas prácticas tradicionales; las corridas de toros, por ejemplo, que para algunos autores representaba

² Las obras hidráulicas ocuparon un renglón especial en la materia, el desagüe de la Ciudad de México y las mejoras en el puerto de Veracruz fueron algunos de los emprendimientos más desatcados. Para mayor información Cf. CONNOLLY, 1997.

una metáfora del pasado, de una sociedad paternalista que se buscaba superar, fueron prohibidas dado que no coincidía con las pretensiones e intereses de la modernidad,³ puesto que Porfirio Díaz estaba atento a las críticas de los diplomáticos extranjeros, algunos de los cuales señalaban a la sociedad mexicana como “una tierra de bandidos que tenía un gobierno inestable, que no pagaba sus deudas, y que además se complacía en la crueldad de los animales” (BEZZLEY, 1983, p. 266).

Pero la influencia de los extranjeros a fines del XIX en México no era sólo económica y política, sino también social y cultural. Si bien estos grupos permanecían lejanos a las controversias internas (suscitadas y potencializadas por la desigualdad y la pobreza de la mayoría de sus habitantes) estaban muy cómodos en el país. Hacia 1890 la mayoría de las colectividades habían establecido sus propios clubes, casinos, centros de actividad social, deportiva y cultural. Los estadounidenses radicados en la ciudad de México fundaron el *Country Club*, ubicado en la exquisita zona de Churubusco. El cual contaba con campo de golf, cancha de tenis, sala para teatro, bailes y conciertos. También crearon el *Reforma Country Club* que tenía canchas de tenis, béisbol, *cricket* y espacio para deportes de pista. En la ciudad de Monterrey, crearon el *Monterrey Gymnastic Club*, el cual estaba dirigido a aficionados de la cultura física, de boxeo, lucha, deporte de pista o béisbol (BEZZLEY, 1983, p. 276-280).

Las actividades acuáticas también llamaron la atención de los extranjeros. El *Lakeside Sailing Club*, fue una institución muy exclusiva que incluía socios de nacidos en México. Este club organizaba regatas en el lago de Chalco y Xochimilco. Algo parecido ocurría en la ciudad portuaria de Veracruz, donde crearon un club de yates adecuado al desarrollo de los deportes (BEZZLEY, 1983, p. 276-280).

³ “El Congreso Mexicano discutió un tiempo la posibilidad de prohibir las corridas de toros, ese espectáculo bárbaro y sanguinario que, de acuerdo con los diputados, hacia descender el nivel moral del pueblo, malgastaba sus pesos y despertaban sus instintos salvajes” (VAUGHAN, 1982, p. 52).

La élite mexicana no resistió mantenerse al margen de estos cambios y rápidamente adoptó el estilo recreativo de las comunidades foráneas. Esa actitud mimética de manera aparejada, indujo a éstos a suponerse semejantes a los europeos y, por ende, diferentes al resto de la población local (RAMOS, 1963, p. 72). La continuidad institucional y la “aparente” paz alcanzada contribuyeron a generar entre estos mexicanos esa imagen idealizada del país. Una vez cumplido con este objetivo, Tenorio Trillo (1998) señala que el gobierno de Díaz se vio envuelto en una tarea adicional, la de difundir ese paradigma, para que se corporice en la realidad de todos los mexicanos, al menos, entre aquellos que, favorecidos por el régimen, alentaban los deseos de Porfirio Díaz de dotar al país de toque occidental.

Los cambios propiciados en la educación fueron fundamentales para la difusión de ideas nacionalistas con la finalidad de acentuar el carácter igualitario sus habitantes y demostrar que “formaban una única y gran familia” (RAMOS, 1963, p. 61). Las mejoras realizadas en la capital del país, centro y fuente del poder político de Díaz, permitieron exponer ante la sociedad el ideal de progreso que el régimen perseguía. La construcción de numerosas obras arquitectónicas y monumentos en las principales avenidas, la edificación de bancos, mercados y almacenes, la instalación de la red de alcantarillado, la pavimentación de las calles centrales y del servicio de transporte público dieron un toque de modernidad a la urbe (RAMÍREZ, 1983, p. 122-123). En los barrios ricos de la capital, como La Condesa, Juárez y San Rafael, abundaban las mansiones con amplios jardines, calles arboladas y aceras limpias e higiénicas.

Sin embargo, la ilusión de la modernidad no llegaría a penetrar la cotidianeidad de millones de mexicanos. En los barrios periféricos y no tan alejados del centro de la capital del país, el “trasfondo humano”, como lo denominaría Cosío Villegas (1973),

estaba marcado por el hambre y la miseria. Enfermedades como el tifo, viruela, garrotillo, escarlatina, sarampión y tuberculosis eran frecuentes entre quienes habitaban en esos espacios. Allí escaseaba el agua potable; mientras que los residuos, las excrecencias y las aguas cloacales se vertían en la misma calle donde jugaban los niños, ya que muy pocas viviendas, tal vez ninguna, contaban con excusado, drenaje y lavadero (RAMÍREZ,1983, p. 270).

Las diferencias sociales, políticas y económicas entre estos sectores disímiles también eran visibles en el ámbito lúdico, mientras que la élite local y las comunidades extranjeras se entretenían en clubes y casinos privados, donde practicaban una miríada de actividades físicas que habían sido importadas de Europa o de los Estados Unidos: golf, tenis, fútbol, gimnasia, esgrima, patinaje, polo, equitación, regatas, etcétera. Tratando, de ese modo, de copiar los estilos de vida de la “burguesía internacional” (RAMÍREZ,1983, p. 270) y así, estar “a la altura de los tiempos” y de la modernidad. (VILLEGAS, 1973, p. 710-721). La gente común seguía entreteniéndose del modo tradicional en los pocos espacios públicos disponibles.

La preocupación por cuidar las distancias sociales por parte de la clase hegemónica no privó la existencia de espacios comunes donde cualquier persona, sin importar su condición social, podía observar las novedosas y excéntricas acciones realizadas por algunos deportistas. Las carreras de bicicleta realizadas por las calles de las principales ciudades del país, tenían gran aceptación en la época y reunían a un importante número de espectadores. También las exhibiciones de globos aerostáticos, las travesías de equilibristas (que caminaban sobre una cuerda tendida entre edificios cercanos al zócalo capitalino) y las carreras de automóviles realizadas por los

polvorientos caminos de la provincia, fueron eventos seguidos por multitudes.⁴

El único intento realizado durante el gobierno de Porfirio Díaz para expandir la práctica deportiva y gimnástica fue su inclusión en los programas de estudio de las escuelas del año de 1889. Esta decisión estaba sustentada en aquella idea que considera a los deportes como un medio adecuado para desarrollar la percepción, la resolución, la velocidad física, para evitar con ello la pereza de los alumnos. Al respecto Vaughan (2001, p. 52-65) exalta un hecho adicional que pudo haber motivado esa elección: que los deportes permiten “disciplinar los instintos” de las personas y de ese modo “crear” sujetos ordenados, obedientes y respetuosos de las leyes. Una tendencia educativa que se extendería a otros ámbitos de la práctica docente de aquellos tiempos. Así por ejemplo, en las clases de dibujo, en vez de estimularse la libre expresión y la creatividad, los niños eran conminados a copiar objetos o modelos. En las clases de música, las expresiones espontáneas eran inhibidas y se estimulaba el entrenamiento del oído, la voz y los pulmones, esto para desarrollar una pronunciación, una forma de respirar y una entonación correctas y disciplinadas entre los grupos (VILLEGAS, 1973, p. 721). De ese modo, supone Vaughan (2001), fue como los deportes serían utilizados para formar sujetos subordinados a la ley y el orden propuestos por el gobierno. Pero estas modificaciones educativas no fueron implementadas en todos los ámbitos de la sociedad mexicana, ya que eran pocos los que podían asistir a la escuela. Los obreros, los indígenas y los campesinos no gozaron de estos privilegios del progreso de fines del XIX. Lamentablemente, las estadísticas disponibles sobre el ejercicio educativo durante el Porfiriato no permiten observar tales omisiones, ya que en sus datos, por ejemplo, no

⁴ Así, por ejemplo, cuando en 1907 los hermanos Somellera condujeron un coche *Cleveland* entre la Ciudad de México y Guadalajara (en un total de diecisiete días), los periodistas se sorprendían al observar cómo “en varios lugares del trayecto los indígenas, al ver los monstruosos aparatos, corrían aterrorizados, -mientras que otros, al paso de los bólidos- se arrodillaban pidiendo misericordia” (VILLEGAS, 1973, p. 721).

se incluyen a los indígenas. Sin embargo, las cifras siguientes brindan una idea de cómo estaba integrado el campo educativo entre los habitantes en aquella época. Milada Bazant (2002) en su investigación sobre la educación durante el Porfiriato recopila para 1910 los siguiente números:

Año	Población total de habitantes	Personas con edad escolar (6-12 años)	Alumnos	% del
1910	15.000.000	2.700.000	776.612	31.86

Cuadro 1: Datos de la escolaridad durante el fin del Porfiriato. Fuente: BAZANT, 2002.

La oferta educativa de entonces estaba limitada a un tota de 11 mil 837 escuelas, de las cuales 9945 eran de tipo rural y urbana, y 1892 de tipo particular y religiosa (católicas) (BAZANT, 2002). Pero la crudeza del porfiriato se evidencia si consideramos la relación entre el número de escuelas disponibles por cantidad de habitantes. Así, por ejemplo, en el Estado de Aguascalientes existía 1 escuela cada 2.560 habitantes; en el Distrito Federal 1 cada 2.498, en el Estado de Jalisco 1 cada 2. 437; mientras que en el Estado de Zacatecas esta era de 1 cada 418 y el de Sonora 1 cada 603 habitantes por escuela respectivamente (BAZANT, 2002, p. 91-92). Por su parte, la población que sabía leer era de aproximadamente el 22,4 % de los hombres y el 17,13 % de las mujeres; encontrando casos extremos como en el Estado de Guerrero y Oaxaca donde sólo el 6,36 y 6,85 % de la población sabía leer y escribir (BAZANT, 2002, p. 95).⁵

Para comprender lo antedicho, será interesante considerar los datos comparativos que Claude Fell (1989, p. 168) presenta en la obra dedicada a la vida de José Vasconcelos y donde queda al descubierto la tendencia que comenzaba a gestarse desde entonces:

⁵ Para obtener mayor información sobre el particular, ver Vázquez (1992), Jiménez (1996) y <http://biblioteca.itam.mx/recursos/ehm.html#poblacion>.

Año	Población global	Niños en edad escolar (primaria)	Niños inscritos	Niños escolarizados (%)	Escuelas	Maestros trabajando	Presupuesto de la SEP (pesos mexicanos)
1910	15.160.369	3.486.910	890.511	24,5	12.418	22.009	10.261.240,53
1924	14.334.780 ⁶	2.945.519	946.000	32,1	15.535	26.120	27.819.437,08

Cuadro 2: Datos de la escolaridad en México durante las primeras décadas del XX. Fuente: FELL, 1989, p. 168.

Para la década de 1930 los sucesivos gobiernos revolucionarios comenzaron a delinear las mejoras en el sector educativo, mismas que abarcaban todos los sectores de la sociedad mexicana, en especial, la rural y la indígena. En este sentido se registró un aumento de la matrícula de alumnos en escuelas oficiales y se disminuyó la relación histórica entre estudiantes del sector rural y urbano. Tal como señala Martínez Jiménez (1996, p. 254) esta “peculiaridad educativa – cuantitativa y cualitativa – se explica como producto de un proceso revolucionario determinado tanto por la política educativa estatal, como por las necesidades de los grupos mayoritarios”. Para 1940 la matrícula de alumnos alcanzaba cerca del 40 por ciento de la población escolarizable, logrando duplicar los registrados del pasado; aún considerando que durante la Revolución se produjo una importante disminución en el número de habitantes y, por ende, de los niños con edad para asistir a la escuela. El siguiente cuadro permite observar con detalle el desarrollo generado en este ámbito desde las últimas décadas del XIX hasta mediados del XX:

Año	Población en edad escolar (5 a 14 años)z	Matrícula primaria total	% de la matrícula primaria/población escolarizable
1878	-	246.267	15,10

⁶ Nótese que el número de población total disminuyó significativamente durante este periodo. Este descenso poblacional fue producto de la Revolución.

1900	3.239.989	741.379	22,88
1910	3.742.362	848.489	22,67
1925	3.772.936	1.043.717	27,66
1930	3.979.331	1.429.340	35,92
1940	5.231.253	2.113.900	40,41
1947	6.252.320	2.815.152	45,02
1953	7.533.373	3.474.594	46,12
1959	9.416.500	54.872.478	51,74
1965	11.814.500	7.406.585	64,19

Cuadro 3: Evolución de la extensión escolar primaria desde 1878 a 1965. Fuente: Martinez Jimenez,1996, p. 341.

El personal docente, también aumentaría en la misma dirección.

Año	Total	Urbano	Rural
1895	12.748		
1900	15.523		
1910	21.017		
1925	29.015	25.867	3.148
1942	43.931	24.797	19.134
1947	60.649	36.358	24.291
1953	77.663	47.596	30.067

Cuadro 4: Evolución histórica del personal docente en el ciclo escolar primario (urbano y rural). Fuente: Martinez Jimenez,1996, p. 358.

En general, podemos concluir que la modernidad exhibida por las prácticas deportivas constituyó un rasgo distintivo y exclusivo de un sector de la sociedad mexicana: aquel integrado por la élite local y las comunidades extranjeras. Quienes mancomunadamente, buscaron distanciarse de la mayoría de la población local. Sin embargo, a partir de 1921, cuando los ideales de la Revolución Mexicana iniciada en

1910 estaban consolidados en el país, se crea la SEP, facilitándose con ello el acceso a la educación y a la práctica deportiva de todos los mexicanos.⁷

Educación, deportes y nacionalismo en el México posterior a la Revolución

La información histórica disponible permite concluir que la práctica deportiva en México no se difundió desde los grupos hegemónicos a los populares. Como ilustran numerosos autores, la élite evitaba mezclarse con la gente común⁸ y había encontrado en los clubes privados la posibilidad de construir un lugar apropiado para divertirse entre sí, conservando la intimidad grupal y la distancia social.

Entonces ¿Cómo fue que los deportes llegaron a popularizarse en las primeras décadas del XX? ¿Por qué y cómo algunas actividades deportivas y gimnásticas, que años antes sólo eran ejercidas por la élite local, en muy poco tiempo pasaron a ser practicadas por la inmensa mayoría de los mexicanos, incluso por los indígenas? ¿Qué motivos, fines o funciones, intervinieron en la difusión de los deportes entre la población?

Estas interrogantes encuentran respuesta en el papel protagónico que jugó la SEP en la transformación del país. Esta institución fue creada en 1921 y fue la llave del cambio social de los gobiernos post revolucionarios, ya que mediante la educación se esperaba mejorar la situación individual y colectiva de los habitantes, buscando suplir aquellas prácticas amparadas en la religiosidad y la especulación, por otras, sustentadas en la ciencia y la razón (MÓLGORA, 2006, p. 18; VAUGHAN, 1982, p. 36). La propuesta educativa de orientación integral cultivaba tanto los aspectos mentales como

⁷ La bibliografía sobre este suceso es abundante, para acercarse a este universo, Cf. BARRÓN, Luis. *Historias de la Revolución mexicana. Herramientas para la historia*. México: C.F.E., 2004, donde se clasifican y ordenan el gran número de publicaciones realizadas sobre la Revolución Mexicana.

⁸ Particularmente en espacios públicos. Para el caso del siglo XVIII Cf. ALBAN, 2001.

los corporales (físicos), y tanto los individuales como los colectivos. En este marco, la educación corporal colaboraría de un modo singular en la labor transformadora tendiente a construir un nuevo sujeto nacional y colaborar en la urgencia de integrar a todos los actores sociales en el afán de construir la nación mexicana (HERNÁNDEZ, 1998, p. 66).

Los programas de estudios elaborados desde la esfera gubernamental concebían en igual grado de importancia lo intelectual, lo artística y lo corporal. La enseñanza y la práctica de la educación física y los deportes fueron consideradas de gran importancia para el proyecto de gobierno perseguido. Mediante la gimnasia de salón y los ejercicios calisténicos, por ejemplo, se esperaba obrar sobre la salud de los individuos y, por transferencia, de la sociedad misma.⁹ Por su parte, por medio de los juegos de asociación y los deportes colectivos (aquellos de origen anglosajón) se buscaba estimular la sociabilidad entre los educandos y enseñar a éstos los beneficios de las acciones de grupo en torno a objetivos comunes (OBREGÓN, 1935, p. 10-13). A través de estas actividades no sólo se pretendía mejorar la salud e higiene de los habitantes y propiciar cambios en los hábitos, sino además, pretendían establecer nuevos lazos de sociabilidad y difundir prácticas colectivas “inclusivas” con la idea de que lo aprendido en el salón de clases repercutiera positivamente en la casa, en el barrio, en el país.

Los deportes en el marco de la política educativa de José Vasconcelos

La política educativa desarrollada por José Vasconcelos al frente de la SEP de México, contenía un “proyecto de hombre y sociedad” que guiaba la metodología de los docentes en el ámbito escolar (VASCONCELOS, 1981, p. 19). El proyecto

⁹ O mejorar la raza, como propone Lisboa Guillen (2006).

vasconcelista (tal como escribiera en su obra *De Robinson a Odiseo*) estaba inspirado en la figura de Ulises (el héroe de la *Odisea*) y “simbolizaba la lucha del hombre en la triple dimensión de lo físico, lo ético y lo estético” (ibid, p. 22). Esta trilogía alentaría la formación de aquellos *Departamentos* que fueron parte fundamental de su obra de gobierno. Por ejemplo, el Departamento Escolar estaba dedicado a promover nuevas escuelas, talleres de artes y oficios, huertas y granjas en zonas rurales, se encargaba también de promover la investigación y la creación de escuelas oficiales, era responsable de los desayunos escolares y las campañas de educación higiénica y salud, entre otras funciones. Mientras que el Departamento de Bibliotecas, estaba dedicado a fundar bibliotecas y proveer de material bibliográfico a todas las instituciones educativas (tanto en las ciudades como en las zonas rurales). Editaron millares de libros, en una extensa colección que incluían autores clásicos (Homero, Eurípides, Platón, Aristóteles, Tolstoi, Virgilio). Por su parte, el Departamento de Bellas Artes, estaba abocado a difundir la cultura nacional, tomando a su cargo los museos, los teatros, los monumentos arqueológicos, conservatorios y otros establecimientos similares (SIKIRIUS, 1984, p. 72). También estaba encargado de difundir las bellas artes, promover a los artistas y artesanos del país; realizar cursos y exposiciones (nacionales e internacionales), promocionar las danzas autóctonas, los juegos tradicionales y la educación física (VASCONCELOS, 1981, p. 25-29; SIKIRIUS, 1984, p. 72-74). Fue precisamente en el Departamento de Bellas Artes, donde junto a las direcciones de dibujo, trabajos manuales y de cultura estética, se ubicó el Departamento de Educación Física. En éste funcionaba la Dirección de Cultura Física, que fue la institución que se ocupó en difundir los deportes en todo México. Para ello, construyeron gimnasios dotados de instrumentos, aparatos, y se dedicaron a la importante tarea de formar

profesores especializados en la materia deportiva (VASCONCELOS,1981, p. 29).

La corriente educativa que dominaba era la teoría pedagógica de la época, que justificaba ideológicamente este tipo de transformación, se alienaba a la denominada “Educación Nueva”: un método que había sido creado por un conjunto de pedagogos americanos y europeos, que estaba interesado en la conformación ideológica de un tipo de escuela más acorde con los requerimientos de la vida moderna. Entre estos autores destacaba John Dewey, cuyo programa fue promovido por ciertos colaboradores de la SEP. No obstante, José Vasconcelos se encontraba escéptico de los contenidos de esta propuesta educativa, en especial por el carácter utilitario del modelo y la inclusión de ejercicios físicos de origen extranjero.¹⁰ Sin embargo, aceptarían en su proyecto educativo la inclusión de estas prácticas foráneas (incluso los deportes anglosajones), a sabiendas de que los mismos contradecían los anhelos nacionalistas que tanto exaltaba en sus discursos y escritos, y mediante los cuales buscaba construir una identidad nacional. Para Vasconcelos los deportes contenían una cualidad especial, por la cual aceptaba su incorporación entre los niños y adolescentes en México. Decía:

Sin embargo, mientras no se originase un método nuevo había que pasar por la etapa del deporte y, en consecuencia, en todas nuestras obras escolares creamos gimnasios y piscinas. Me animaba también a ello una consideración política obvia... La necesidad que tenía el gobierno de secularizar la educación física, cuyos gérmenes, bastantes exigüos, se hallaban, sin embargo, dominados por el personal de la Asociación Cristiana de Jóvenes, institución protestante aunque presume de laicismo y en todo caso extranjerizante (apud RIVERA, s.d., p. 8).

El plan educativo implementado por José Vasconcelos perseguía tres metas definidas: desarrollar la personalidad práctica, ética y estética de los educandos. Estos valores debían plasmarse en acciones concretas, en una educación sustentada en

¹⁰ Pero señalemos que tiempo después, cuando escribiera *De Robinson a Odiseo* criticaría esta corriente educativa, por considerarla abocada solamente a cuestiones prácticas de sobrevivencia (como las que en la novela, ocupaban a Robinson) y no aquellos profundos de la vida.

práticas reales y científicas. Este procedimiento pretendía evitar que las vivencias estéticas fueran sometidas a pretensiones abstractas e intelectualizadas. Para Vasconcelos el problema de los idealismos estaba en la “pretensión de sustituir valores con formas mentales, con abstracciones derivadas del objeto y que son su fantasma y caricatura” (VASCONCELOS, 2002, p. 171). dado que si los juegos, el atletismo o los deportes fueran abandonados al instinto, fácilmente serían presa de valores negativos, es decir, de la manía de la competencia y el record. Por el contrario, y para evitar dicho infortunio, estos deberían ser sometidos a la voluntad, a la búsqueda de metas superiores y excelsas. La habilidad del maestro, entonces, es mayúscula y el reto consistirá en convertir esos elementos turbios en actos marcados por la belleza y la plasticidad, tratando de convertirlos en espectáculos desinteresados y hermosos, útiles para alcanzar modos de perfección y salud (VASCONCELOS, 2002, p. 68-69).

Para Vasconcelos los espectáculos deportivos, pese a ser actividades extranjeras, y aún reconociendo las intensas ventajas éticas y políticas del atletismo norteamericano, no constituían un problema, sino una oportunidad para el desarrollo de los ciudadanos. Ya que si se lograba combinar de manera adecuada la actividad deportiva y la artística se lograría remover “las más profundas vitalidades de la nación”. Pensaba, además, que los deportes contenían un elemento adicional de gran importancia y valor cívico, relacionado con aquella intensión, lealmente democrática, que tiende a borrar no sólo odiosas distinciones de clase dando al plebeyo la destreza en la lucha física que lo iguala con el poderoso, sino también distinciones más fundamentales como son las del oficio” (VASCONCELOS, 2002, p. 175).

Otro departamento fundamental del programa de Vasconcelos fue el de Cultura y Enseñanza Indígena, en el cual funcionaban las Misiones Culturales. Estas instituciones

fueron relevantes para “acabar con la segregación de los indios y unificarlos en torno a la nacionalidad para prepararlos a la vida democrática” (BLANCO, 1996, p. 93). La labor desarrollada por los maestros misioneros al fundar nuevas escuelas en los lugares más recónditos del país fue fundamental para propalar la obra de gobierno entre estos actores sociales. Ya para 1922 había en México 77 misioneros y 100 maestros rurales residentes (LÓPEZ, 2005, p. 152). Las Misiones culturales estaban formadas por especialistas en tareas de higiene, primeros auxilios, música, bellas artes, pedagogía y educación física (LÓPEZ, 2005, p. 153) quienes se encargaban de transmitir estas enseñanzas a los maestros rurales en servicio (MÓLGORA, 2006, p. 25).

La enseñanza de la educación física en el ámbito rural constituyó una herramienta eficaz que facilitaba el acceso de los maestros en las comunidades:

[...] granjeándose la simpatía del poblado, además de la ocasión que se le proporciona para encauzar a todo un vecindario por senderos de bien, recreándolos y alejándolos de las bebidas alcohólicas, fomentándoles hábitos de actividad e higiene que tarde o temprano redundarán en un bienestar físico y social... (OBREGÓN, 1935, p. 9-10).

En ese contexto educativo se realizaban los “Festivales Cívicos”, tan importantes para difundir los ideales de la Revolución. En estos eventos se incluían actividades físicas, veladas literarias, musicales, obras de teatro que, por lo general, seguían el siguiente orden:

1. Festivales deportivos: exhibiciones o concursos de juego.
2. Festivales al aire libre: campeonatos deportivos, concursos de danzas, juegos hípicas regionales, y competencias deportivas mixtas.
3. Reuniones sociales: pasatiempos, juegos y dramatizaciones.
4. Ferias y fiestas tradicionales (OBREGÓN, 1935, p. 151).

Además, estos encuentros constituyeron una ocasión para la práctica de juegos tradicionales y modernos; juegos colectivos, como la corrida de toros y “el jaripeo”; individuales, como los trompos, canicas, papalotes y baleros; juegos organizados, como

la carrera con aros, con cuerda, con zancos, carreras en costales, “el gato y el ratón”, “la zorra y las gallinas”, juegos de mímica; juegos de ronda, como “naranja dulce, limón partido”,¹¹ “la pájara pinta”, “la canastita de chiles verdes”,¹² “arroz con leche”,¹³ entre otros; juegos sociales y pasatiempos, como “competencia por asiento”, “preguntas y respuestas”¹⁴ y “el *huarache* sonriente”,¹⁵ juegos gimnásticos, como “las marchas y evoluciones”, formaciones (obedeciendo señales convencionales, voces de mando, silbatos y banderas, imitando a los soldados), “suertes”¹⁶ (con pañuelos, con bastón gimnástico), las pirámides humanas, y los deportes extranjeros, como el fútbol, básquetbol, voleibol, béisbol (OBREGÓN, 1935, p 19-126).

Los festivales deportivos y las festividades al aire libre cumplían de este modo

¹¹ Mediante este juego se buscaba estimular el contacto y la fraternidad entre los alumnos. Para ello, los niños debían formar un círculo, ya la centro se colocaba uno de los jugadores. Entonces, toda la ronda de niños comenzaba a cantar: “- Naranja dulce, limón partido /dame un abrazo que yo te pido, /si fueran falsos los juramentos, /en otros tiempos se olvidarán. /- Toca la marcha, mi pecho llora, /- adiós señora, yo ya me voy”. Dicho esto, el jugador del centro elegía a un niño o niña de la ronda para darle un abrazo y la mano, de acuerdo al contenido de la canción. El niño elegido debía pasar al centro, y se repetían los veros o se improvisaban otros nuevos (OBREGÓN, 1935, p. 35-36).

¹² Otra variante de juego de ronda. En este caso los jugadores se forman en círculo y uno de ellos pasa al centro. Mientras la ronda va girando el jugador del centro, con una canasta en la mano, va cantando lo siguiente: “- Toma esta canastita, /de chiles verdes, /quien te manda ser burro, /por qué no muerdes”. Y el coro responde: “- Toma esta canastita / de calabaza, / quien te manda, /por qué no abrazas”. El jugador del centro, escoge a uno de los niños y le entrega la canasta al tiempo que pasa al centro de la ronda y el juego continúa (ibid., p. 37).

¹³ Este es un clásico juego de ronda, semejante al citado anteriormente. En este caso, se forma un círculo y al centro pasa uno de los jugadores, quien cantando dira: “- Arroz con leche, /me quiero casar, /con una mocita / de éste lugar.” Los niños, sin soltarse las manos, giran en torno al jugador central . Al detenerse, este se acerca a uno de ellos y atrapándolo dira: “-Contigo, sí, /contigo, no, /contigo mi vida, /me caso yo.” El jugador escogido pasará al centro para seguir el juego (ibid., 1935, p. 41).

¹⁴ Es un juego grupal, muy divertido. A todos los participantes se les entrega un pedazo de papel en blanco para que escriban un deseo. Luego el papel se coloca dentro de un sombrero. Posteriormente, se les entrega otro papel, en este caso de distinto color, para que escriban una contestación cualquiera pero que no tenga relación con el deseo solicitado por el participante. Estos papeles se introducen en el mismo sombrero. Y luego, el directo del juego irá extrayendo uno blanco y otro de color y los leerá en voz alta. Si las respuestas tienen alguna coincidencia, el director del juego pierde su turno y otro jugador ocupa su lugar (ibid., 1935, p. 125).

¹⁵ De acuerdo con Luis Obregón, este era un juego colectivo que consistía en formar un círculo con los jugadores y lanzar un *huarache* (zapato) al aire, y según la forma en cómo caía (con las cintas para arriba o con las cintas para abajo), los participantes debían reír o contar, según se habría dispuesto con antelación. Quién infringía esta regla, pagaba con una prenda o era eliminado del juego (ibid., p. 126).

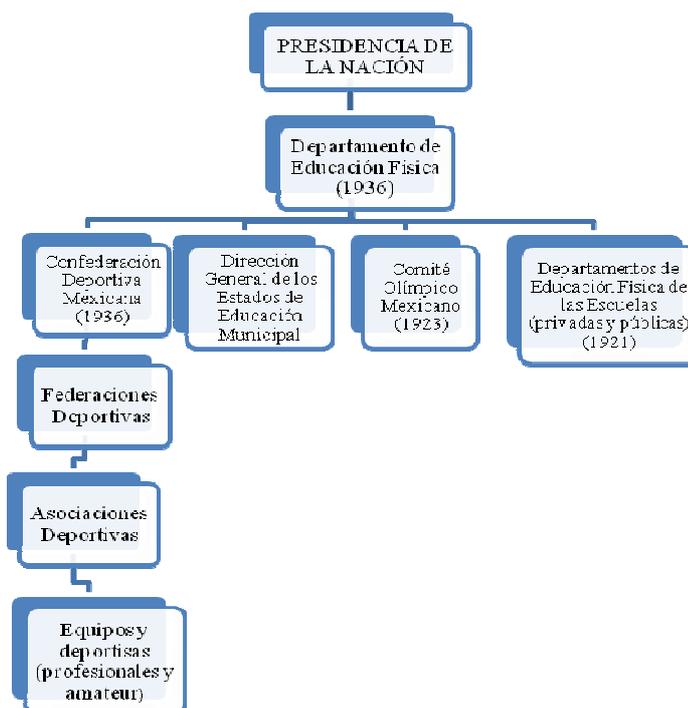
¹⁶ Las suertes ocuparon un lugar importante en los juegos gimnásticos. Mediante ellas se pretendía que los participantes controlaran el cuerpo y estimularan la seguridad y confianza. Por ejemplo, “las suertes con pañuelo” consistían en “recoger un pañuelo del suelo sin flexionar las piernas y solo ejecutando una gran flexión del tronco con la extensión natural del brazo de la mano que ha de recogerlo” (OBREGÓN, 1935, p. 89). Las había de muchos tipos y también se ejecutaban con bastón.

con el doble objetivo de mejorar la salud de los niños y proponer nuevos valores culturales. El acercamiento de la escuela con los vecinos a través de un medio lúdico, fue empleado para difundir los programas gubernamentales, como los de “desafanización”, “la liga antialcohólica”, de higienes, propaganda de difusión agropecuaria, nacionalismo, agrarismo, entre otros (OBREGÓN, 1935, p. 156-157). Estas reuniones eran amenas y variadas, y duraban no más de dos horas (“para ir acostumbrando a los vecinos”, como decían coloquialmente). En tales espacios los deportes de equipo o de asociación “pasaron a ser la panacea contra la degeneración masculina”. La práctica del básquetbol y el béisbol, emergieron como promotores de la salud e higiene, de la cooperación y el espíritu de competencia. Así, y tal como sostiene Vaughan (2001, p. 77), los deportes, “estimularían las competencias horizontales entre comunidades, entre regiones y en los ámbitos estatal y nacional, con objeto de construir la identidad y la ciudadanía nacionales”.

Centralización y burocracia deportiva durante el gobierno de Lázaro Cárdenas

Además de de los fines señalados, los gobiernos post revolucionarios realizaron dos tareas significativas para la popularización, desarrollo y práctica de las actividades físicas como un bien común de todos los habitantes. Primero, construyeron un andamiaje burocrático, centralizado y jerárquico, encargado de ordenar y controlar todas las actividades físicas realizadas en el país; tanto las del ámbito público como privado, *amateur* como profesional. Segundo, se encargó de formar equipos, clubes, asociaciones, federaciones, departamentos deportivos; también de formar profesores en la materia. Estas acciones abarcaron las tres esferas de gobierno, la federal, la estatal y la municipal.

El siguiente cuadro, permite visualizar cómo a mediados del XX ya estaba conformado todo el esquema piramidal de las actividades deportivas desarrolladas en el país, y que seguía el sentido “presidencialista” que identificaba la línea de gobierno impuesta, y donde el presidente ocupaba la cima del poder social y político.



Cuadro 5: esquema general del modelo deportivo en México hasta mediados del siglo XX. Información tomada de Ferreiro (1991, p. 127)

De este modo, tendiendo el gobierno el control absoluto del campo deportivo en México, fue cómo lo empleó para sus propósitos propagandistas, y así exponer los avances alcanzados por la Revolución, tanto en el ámbito interno como en escenarios internacionales.

Las fiestas cívicas, los desfiles patrios y las conmemoraciones (como del día del niño, de la madre o del trabajador) fueron espacios propicios para exhibir ante la ciudadanía mexicana las labores desarrolladas por el gobierno. Estos escenarios permitieron además escenificar públicamente el orden vigente, es decir, la sociedad que

se buscaba y en la cual el presidente de la nación ocupaba la cima. Incluso, la participación de delegaciones de deportistas mexicanos en eventos internacionales, Olimpiadas, Juegos Panamericanos, Centroamericanos, Mundiales de Fútbol y otras competencias (tal como había acontecido con las Ferias Mundiales) seguían estas intencionalidades de propaganda gubernamental.

Popularización y orden en el deporte nacional durante el Cardenismo

Un aspecto característico de este período fue que la educación física comenzaría a perder el sentido estético y tradicionalista prevaleciente durante la época de José Vasconcelos, para adquirir otro, muy opuesto, de corte militar (HERNÁNDEZ, 2001, p. 46-47). De este modo, la organización de los deportes en todo el territorio nacional (tanto a nivel público como privado, tanto la desarrollada en el país como en el exterior) quedaría concentrada en un solo organismo nacional, el Departamento Autónomo de Educación Física (1936), dependiente de la voluntad presidencial. Esta situación, de alguna manera, estaba relacionada con la transformación burocrática implementada en otros sectores de la administración política, y en la que el presidente ocupaba el vértice de una extensa pirámide de poder y de toma de decisiones, y cuya base estaba ocupada por la mayoría de los ciudadanos.

Esta militarización de la educación física estaba relacionada con el origen castrense de la mayoría de los funcionarios que ocupaban cargos en todos los organismos dedicados a la materia. Estos sujetos eran elegidos ya admitidos bajo el exclusivo consentimiento del presidente de la nación, el general Lázaro Cárdenas. El Departamento Autónomo de Educación Física, el de mayor importancia oficial y con alcance en todo el territorio nacional, fue otorgado al general Tirso Hernández, quien al

mismo tiempo fungía como presidente del Comité Olímpico Mexicano (COM).

La titularidad de la Confederación Deportiva Mexicana (CODEME) por su parte, recaía en otro militar, el general Gustavo Arévalo. De este modo, los tres organismos más importantes por aquellos tiempos en el país en el área deportiva, sea por la trascendencia en el plano nacional como en el internacional, estaban en manos de militares y en dependencia directa del presidente de la República. También en algunos deportes particulares, como el fútbol, comenzaba a sobresalir la figura del general Nuñez (jefe de la escolta del presidente Lázaro Cárdenas) quien luego sería presidente de la Federación Mexicana de Fútbol y, al mismo tiempo, presidente del Club de Fútbol Atlante).¹⁷ Además, habría que puntualizar que el general Tirso Hernández ocupó un lugar trascendente en los planes de gobierno ya que su departamento estaba encargado de dirigir y diseñar los desfiles deportivos realizados en conmemoración de la Revolución Mexicana (los “desfiles de la Revolución”), uno de los rituales cívicos más promocionados por los gobiernos post revolucionarios.

Debido a lo antedicho, las escuelas formadoras de profesores de educación física comenzaron a cambiar sus planes de estudios, trastocando los objetivos perseguidos durante la etapa vasconcelista. De este modo, los fines “terapéuticos” fueron sustituidos por otros que priorizaron como la disciplina, el vigor físico y la técnica deportiva (HERNÁNDEZ, 2001, p. 46-47). Mientras que las exhibiciones atléticas comenzarían a caracterizarse por el empleo de las exhibiciones colectivas, marchas multitudinarias, por el empleo de bandas sonoras, por la presencia simultánea de atletas civiles y militares y, además, por la exposición de los símbolos patrios durante los mismos.

La nueva orientación perseguida en los deportes desde la esfera gubernamental,

¹⁷ Un personaje sobre el cual se tejen numerosas y variopintas anécdotas; por ejemplo, aquella que narra que ante una solicitud de aumento de sueldo o algo semejante, recibía a los jugadores de fútbol con una pistola sobre la mesa de su escritorio. Muchos, ante tal recibimiento, cambiaban de actitud.

se oponía a aquella implementada durante las décadas anteriores. Torres Hernández (2001) reconoció que esto ponía en evidencia el enfrentamiento entre dos concepciones diferentes de la gimnasia, una que respondía a un enfoque higienista abocada al mejoramiento del cuerpo y la salud de los deportistas; la otra, de corte patriótico, en la que prevalecían las representaciones públicas y la defensa nacional.

La importancia de los deportes colectivos en la formación del nacionalismo mexicano

Durante las primeras décadas del XX los deportes comenzaron a popularizarse en el país, una situación que, además, fue aprovechada por las autoridades para difundir diversas consignas políticas. Pero el rasgo más destacable de este accionar gubernamental estuvo en la necesidad de edificar las figuras emblemáticas de la nacionalidad mexicana; aspecto relevante para la construcción de la identidad nacional.

Numerosos autores han señalado que fue durante las primeras décadas del XX cuando comenzaron a gestarse los primeros emblemas identitarios del país (VEREA, 2004, p. 83). En ese sentido, la labor de José Vasconcelos al frente de la SEP fue vital para expandir la figura del mestizo, como prototipo del ser mexicano, utilizando un proceso que tuvo como corolario, tanto al nivel de la “alta cultura” como de cultura popular, la “invención” de una serie de figuras y cuadros representativos de la mexicanidad (MONFORD, 2003, p. 122). El Estado de Jalisco (y la región de occidente) fue el espacio cultural de dónde se inspiraron para crear los arquetipos de la nación, a saber: el charro, la charrería, el mariachi y el tequila.

Pérez Monfort (2003, p. 137) señala que fueron tres las razones que sustentaron la elección de esta región del país sobre otras que podrían haber servido de modelo:

1. la reacción conservadora, fortalecida durante las décadas de los años veinte y treinta, que terminó por aliarse con la élite en el poder;
2. la rápida evolución e influencia de los medios masivos de comunicación, y
3. las mismas necesidades de unión dentro del desbalagado grupo gobernante, que supo aprovechar dicha imagen, entre otras muchas cosas, como recurso discursivo aglutinador.

Para la promoción de estos símbolos en todo el territorio nacional, el Estado mexicano empleó todos los instrumentos a su alcance. Las celebraciones públicas, como los festivales atléticos, las guerras florales, desfiles de la Revolución, festejo de aniversarios patrios, conmemoración a los héroes de la nación, entre otras celebraciones seculares, fueron escenarios donde las autoridades gubernamentales buscaban divulgar esas improntas de la patria. De allí que dentro del programa de actividades realizadas ante la multitud, siempre se amenizara con algún baile de jarabe tapatío o representaciones folclóricas con danzas representativas de todas las regiones del país. Estas festividades se realizaban en lugares cerrados (como el estadio nacional) o en espacios abiertos, las calles centrales aledañas a zócalo de la capital del país. Además, y tal como observamos para el caso de la figura del charro y la china poblana, los medios de comunicación masiva (radio y cine) también habrían ocupado un papel relevante para la difusión de estas figuras nacionalistas. El cine fue uno de los predilectos, ya que mediante la producción de cientos de películas del “estilo ranchero” se lograría consolidar, tanto en el mercado nacional como en el internacional, la figura del charro cantor y de la china poblana. La radiodifusión, los periódicos, y la producción de discos de música mariachi contribuyeron a expandir el género a lo ancho del país, y donde la permanente repetición de que “Jalisco es México” cobraría realidad y fuerza para la mayoría de los mexicanos.

Pero en el marco de estas “vías populares” empleadas para la difusión de los

emblemas patrios los deportes y particularmente, el fútbol ocupó un lugar singular. En este sentido, el Club Guadalajara comenzó a fraguar una mitología nacionalista que llega a perdurar hasta nuestros días. Este club que nació en el año de 1906 con el nombre de “Unión” porque representaba confluencia de las diversas nacionalidades de sus jugadores, integrado por franceses, belgas y mexicanos. Todos ellos hijos de familias acomodadas de la ciudad. En el año de 1908 los fundadores deciden cambiar el nombre por otro que represente a la localidad donde jugaban, pasando a denominarse “Club Guadalajara”. Pero fue a partir del año de 1943, al participar en los torneos organizados en la capital del país, cuando la institución adquirió renombre nacional.

La regla táctica establecida de que el equipo sólo podría estar formado por jugadores mexicanos, fue la pauta que estimuló la simpatía de la mayoría de los aficionados mexicanos. Esta decisión iba a contracorriente de las acciones seguidas por otros equipos locales, algún de los cuales estaban integrados en su totalidad por jugadores extranjeros, sea provenientes de España o Argentina. Se desconoce cuándo fue que el Club Guadalajara decidió adoptar esta medida para que sólo permite contratar a jugadores nacidos en suelo mexicano. Sin embargo, encontramos algunos hechos que inducen a suponer que ésta decisión se adoptó a partir de 1943, cuando numerosos equispo mexicanos se convirtieron en profesionales. Ya que fue durante esta época, cuando desde el estado mexicano, se realizaron importantes esfuerzos por consolidar y fortalecer una ideología nacionalista, buscando cosntruir figuras públicas que expresaran los “auténticamente mexicano”. Los festivales atléticos, las guerras florales, los desfiles y festejos patrios, entre otras celebraciones seculares, constituyeron espacios idóneos para realzar y afianzar los estereotipos nacionales. La decisión asumida por el Club Guadalajara, se sumaría a esta miríada de intentos tendientes a realzar las improntas de

la nación mexicana. El fútbol representaba un espacio idóneo para dicha difusión por la popularidad que tenía entre los mexicanos.

La presencia del Club Guadalajara despertó el interés de los aficionados de provincia, quienes admiraban cómo un equipo “auténticamente mexicano” lograba batirse en el terreno de juego con aquellos equipos capitalinos y extranjeros. Por entonces, la Ciudad de México experimentaba un crecimiento demográfico importante, en especial, por la migración interna procedente de otros estados de la república mexicana, entre quienes se ubicaba la mayoría sus seguidores. Las proezas deportivas y los numerosos torneos ganados por el Club Guadalajara, fueron considerados e interpretados como un logro de todos los mexicanos. Así el club de fútbol contribuiría a fortalecer al proyecto gubernamental. Logrando embonar con esa búsqueda por forjar la identidad nacional de todos los mexicanos.

Comentarios finales

El bosquejo histórico que hemos presentado omite numerosos sucesos y hechos, que, con justa razón, podrían ser presentados y defendidos por su grado de importancia en la conformación del mundo deportivo mexicano. En general, y a partir de mediados del XX, la práctica deportiva comenzó a popularizarse en el país. En ese marco, actividades como el fútbol profesional, por ejemplo, lograron establecer cierta autonomía dentro del universo deportivo, una cualidad que lo diferenciaría de la mayoría de los deportes de tipo *amateur*, los cuales se sustentan mediante el apoyo otorgado por el gobierno.

Numerosas evidencias demuestra que México fue mejor anfitrión que participante de las competencias deportivas internacionales y las pocas medallas

obtenidas en estos torneos certifican lo dicho. El país se caracterizó por saber organizar eventos internacionales, como las Olimpiadas de 1968 y los Mundiales de Fútbol de 1970 y 1986. Los cuales permitieron la promocionar al país en el mundo, además de brindar una muestra real del potencial y la creatividad de los mexicanos. Los eventos, exitosos desde lo comercial, no posibilitaron la expansión de los deportes en el país; aunque permitieron que ciertos sectores de la industria, como del turismo y los medios de comunicación, se beneficiaran. El fútbol, a diferencia de los deportes *amateur*, logró desarrollarse como una actividad comercial, rentable y popular. Los medios de comunicación fueron de gran ayuda en esta labor; máxime si consideramos los vínculos comerciales establecidos entre los clubes y los medios de comunicación.¹⁸ Como corolario de lo expresado en el presente trabajo, podemos establecer dos aspectos sustanciales del proceso mencionado:

1. Que el desarrollo del deporte en México fue un proceso discontinuo, sin intencionalidad, ni bajo la directriz de algún concepto teleológico. Por el contrario, la dirección de Desarrollo Deportivo estuvo signada por la discontinuidad, por un proceso de largo plazo “ciego” en el sentido que plantean Norbert Elías y Eric Dunning (1986), como consecuencia de relaciones y acciones conscientes pero con resultados no previstos.

2. Que si bien las prácticas deportivas se asemejan en algunos momentos históricos, el sentido y las cualidades de las mismas estando vinculados/as con el espacio social donde se desarrollaron. Esto deja entrever, tal como lo planteara Bourdieu (1996, p. 176) que no existen razones para pensar que los deportes poseen “propiedades sustanciales, inscritas de una vez y para siempre en un especie de *esencia*

¹⁸ El Grupo Televisa es dueño de tres equipos de Primera División (América, San Luis y Necaxa), un tipo de relación que la Federación Internacional de Futbol Asociado (FIFA) prohíbe pero sin embargo, tolera.

biológica o cultural” que los vincula a determinados individuos o a determinados grupos de una vez y para siempre.

Referencias bibliográficas

ALBAN, Juan Pedro Viqueira. *¿Relajados o reprimidos?: diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. Ciudad de México: FCE, 2001.

BAZANT, Mílada. *Historia de la educación durante el porfiriato*. México: El Colegio de México, 2002.

BEEZLEY, William. El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo. *Historia Mexicana*, Ciudad de México, v. XXXIII, n. 2, p. 265-284, 1983.

BLANCO, Joaquín José. *Se llamaba Vasconcelos: una evocación crítica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

BOURDIEU, Jean Pierre. *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa, 1996.

COATSWORTH, John. *El impacto de los ferrocarriles en el porfiriato*. Ciudad de México: Sep Setentas, 1976.

CONNOLLY, Priscilla. *El contratista de don Porfirio: obras públicas, deuda y desarrollo desigual*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1997.

DUNNING, Eric; ELÍAS, Norbert. *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

FELL, Claude. *José Vasconcelos: los años del águila, 1921-1929*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 1989.

FERREIRO, Abraham Toledano. Problemas de la administración del deporte en México. In: CASTELLANO, Guillermo et al (orgs.). *Los retos para la modernización del deporte*. Ciudad de México: Cámara de Diputados/ LIV Legislatura/ Comisión del Deporte, 1991, p. 1-130.

GUILLÉN, Miguel Lisboa. Mejorar la raza: cuerpo y deportes en el Chiapas de la Revolución. *Relaciones*, Zamora, v. XXVII, n.105, p. 60-116, 2006.

HERNÁNDEZ, Gumersindo Vera. *Cultura popular y cultura de masas: el fútbol, el box y los toros, en la década de los treinta en la ciudad de México*. 1998. (s/ n. de folhas) Tesis (Licenciatura) - Escuela Nacional de Antropología e Historia – Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, 1998.

HERNÁNDEZ, María de la Luz Torres. Educación física en el proyecto de cultura nacional posrevolucionaria: vasconcelismo y cardenismo. *Reencuentro*, Ciudad de México, n. 31, p. 41-52, 2001.

JIMÉNEZ, Alejandro Martínez. *La educación primaria en la formación social mexicana: 1875-1965*. Xochimilco: Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

LÓPEZ, Javier Ocampo. José Vasconcelos y la educación mexicana. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, Tunja, n. 7, p. 137-157, 2005.

MÓLGORA, Marco Calderón. Rituales y transición política en México. *Relaciones*, Zamora, v. XXVII, n.106, p. 17-56, 2006.

MONFORT, Ricardo Pérez. *Estampas de nacionalismo popular mexicano: diez ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*. Ciudad de México: Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social/ Centro de Investigación y Docencia en Humanidades, 2003.

NAVARRO, Moises González. *Sociedad y cultura en el porfiriato*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

OBREGÓN, Luis. *Recreación física, escuelas y comunidades rurales*. Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública, 1935.

RAMÍREZ, Fausto. Vertientes nacionalistas en el modernismo. In: COLOQUIO DE HISTORIA DEL ARTE, IX., 1983, México. *Anales...* México: UNAM, 1983, p. 111-167.

RAMOS, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. Ciudad de México: UNAM, 1963.

RIVERA, Nidia. *La educación física durante el período vasconcelista (1921-1924)*. Ciudad de México: Oficina de Investigación Educativa, Dirección General de Educación Física, s.d.

SKIRIUS, John. Vasconcelos: el político y el educador. In: MATUTE Álvaro; DONÍS Martha (orgs.). *José Vasconcelos de su vida y su obra*. Ciudad de México: UNAM, 1984, p. 50-79.

TRILLO, Mauricio Tenorio. *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Ciudad de México: FCE, 1998.

VASCONCELOS, José. *Textos sobre educación*. Ciudad de México: SEP, 1981.

_____. *De Robinson a Odisea: pedagogía estructuralista*. Monterrey: Senado de la República, 2002.

_____. *Obras completas*. Ciudad de México: Libreros Mexicanos, 1953.

VAUGHAN, Mary Kay. *Estado, clases sociales y educación en México*. Ciudad de México: Sep 80, 1982.

_____. *La política cultural en la Revolución: maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. Ciudad de México: FCE, 2001.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida. *La educación en la historia de México*. México: El Colegio de México, 1992.

VEBLEN, Thorstein. *Teoría de la clase ociosa*. Ciudad de México: FCE, 2005.

VEREA, Cristina Palomar. El papel de la charrería como fenómeno cultural en la construcción del Occidente de México. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Amsterdam, n. 76, p. 83-98, 2004.

VILLEGAS, Daniel Cosío. *El Porfiriato, la vida social*. Ciudad de México: Editorial Hermes, 1973.

_____. *Historia general de México*. Ciudad de México: El Colegio de México, 1997.